



EL BUEN HIJO.

La historia que voy á referiros, hijos míos, sucedió durante la época de la revolucion francesa, revolucion que conmovió á Europa, y que hizo tantas víctimas; me refiero á la llamada del 93, para distinguirla de la conocida bajo el nombre de Revolucion de Julio de 1830. Es preciso hacer saber que al poco tiempo de aquella desastrosa revolucion del 93 sobrevino una gran miseria en Francia, y ya no habia ni granos ni comestibles de ninguna especie, faltando absolutamente todo.

En las ciudades tampoco habia mercados, pues los campesinos, que son generalmente los que surten á las grandes ciudades, guardaban lo poco que tenian para ellos, y los que tenian algun sobrante para la venta lo guardaban tambien, porque el comité revolucionario, es decir, cierto número de hombres sin educacion y sin

principios, encargados de la administracion de las ciudades, exigian que vendiesen la manteca, la leche, el queso, las frutas, las legumbres y los granos por la cuarta parte de su valor. Estaba prohibido ir á buscar víveres fuera de las ciudades, los que contravenian á esta órden pagaban multa, ó se les cogia lo que habian pagado á un precio muy alto y que traian desde muy léjos, y á veces les metian en la cárcel.

Todo el mundo se moria de hambre, los ricos como los pobres, y aunque se hubiese tenido el oro á manos llenas, de nada hubiera servido.

Cuando el comité se habia proporcionado un poco de trigo, lo vendia por pequeñas medidas, y aún para conseguir una de éstas era preciso esperar todo el dia. Cada persona era servida cuando le llegaba su turno, y habia á veces una fila de dos ó tres

mil segun la poblacion de cada ciudad. Voy á contaros hechos verdaderamente interesantes, referentes á tan triste época.

Por aquel tiempo, vivian tranquilamente en una pequeña ciudad de Francia, una madre con su hijo, que tenía doce años. La señora B..... buena y virtuosa madre, educaba á éste en el santo temor de Dios y el amor á sus semejantes.

Leon secundaba perfectamente los cuidados de su madre con su sumision y obediencia, amándola tiernamente y haciendo todo lo que de él dependia para hacerla dichosa; pero en tiempos tan aciagos, y ambos desamparados, necesitaban verdaderamente el auxilio de Dios para consolarse.

Hacía ya algunos dias que á dicha ciudad no llegaba ninguna provision, y que se habian concluido las pocas existentes, empezando á sentirse el hambre; en casa de la señora de B..... sólo habia un pedazo de pan que podria tener una libra. Leon, presintiendo que su madre se privaria de él para dejárselo, fingió sentirse enfermo y no tener ganas de comer; la madre, por su parte, tampoco queria comerlo, esperando que su hijo se aliviaria y tendria necesidad.

«¡Dios mio! decia Leon para sí, yo puedo muy bien soportar el hambre un dia más ó ménos, pero mi madre, mi pobre madre, débil y enferma, ¿será posible que yo la vea perecer? Inspiradme, pues, Dios mio, y que sepa yo lo que puedo hacer para evitarlo.»

No bien habia terminado esta invocacion á la Providencia, cuando se le ocurrió salir de la ciudad á buscar los comestibles que pudiese encontrar, infringiendo de este modo la prohibicion del comité revolucionario.

El dia siguiente, al amanecer y sin dar cuenta á su madre de su proyecto, temeroso de inquietarla por los obstáculos que encontraria, salió de su casa en ayunas, pues hacia veinte y cuatro horas que no habia tomado nada. En cuanto llegó al primer pueblo que encontró en el camino que habia tomado, compró patatas cocidas (pues no habia pan), y en cuanto hubo tomado este frugal desayuno, preguntó al dueño de la cabaña que se las vendió, si podia proporcionarle alguna provision de trigo. El aldeano le contestó que sólo tenía el trigo necesario para su familia, pero que le podria ceder algunas castañas que tenía. Pero ¿cómo se arreglará, le dijo, para poderlas entrar en la ciudad sin que los agentes del comité le prendan?

—Sea lo que Dios quiera, contestó Leon, yo me las arreglaré como pueda.—Pagó las castañas al aldeano y le preguntó si no podria prestarle una cesta para llevarlas. Este titubeaba, temeroso de perderla. «Tome V., dijo entónces el niño; quédese V. con el dinero que me queda hasta que yo mismo la vuelva á traer, ó bien venga V. á buscarla á la ciudad: me llamo Leon B., etc.—No, dijo el aldeano, yo veo ahora que es V. un niño honrado; lo dice su fisonomía

de V. Si necesita V. algo que yo pueda prestarle, vuelva V.; siempre será bien recibido en esta casa.»

Leon era fuerte, robusto, y de buena constitucion; pero una cesta llena de castañas pesa mucho, y ademas tenía que andar una legua para llegar á su casa: sin embargo, cogió su pesada carga al hombro, y partió lleno de alegría.

Para burlar á los agentes revolucionarios, no se dirigió por los caminos muy frecuentados, y pasó por los campos; las praderas húmedas, las tierras recientemente labradas.... nada le detuvo. Tenía tanto valor, porque era para su madre.

Pero al querer subir una cuesta muy pendiente y muy alta, le engañaron sus fuerzas, cayendo hácia atras, arrastrado por el peso que llevaba.

Esta caida hubiera podido costarle la vida, pero Dios velaba por él: se levantó en seguida, y sin cuidarse del daño que se habia causado, trató de reparar su pérdida, siéndole imposible, pues la mayor parte de las castañas habian caido entre una porcion de abrojos, por donde era muy expuesto pasar.

«¡Qué desgraciado soy! decia, ¡y mi pobre madre que no ha comido nada hace ya dos dias! Vamos, dijo de pronto resueltamente, es preciso que no me desanime; no son más que las doce y aún tengo el tiempo suficiente para ir otra vez á la cabaña de Chaulieu, aún cuando esta pierna me duele mucho. Marchemos.»

El pobre niño olvidó su dolor al acordarse de su madre.

Llegó á la cabaña, y Dios recompensó su constancia, pues no sólo pudo comprar trigo, sino ademas veinte libras de harina buena ya preparada. Al ver esto dió un salto de alegría, pagó lo que le pidieron, cogió su carga y volvió á tomar á buen paso el camino de la ciudad, pasando como la vez anterior por caminos retirados; ya tocaba al término de su viaje; su corazon, su corazon tan bueno empezó á palpar de alegría, pensando en el placer que iba á proporcionar á su madre, cuando de pronto tres agentes del comité revolucionario se presentan delante de él y le detienen. «¿Qué llevas ahí? le dijo uno de ellos. Leon le miró fijamente con aire encolerizado, y le contestó: —Ya está V. viendo que lo que llevo es harina. —Has faltado á lo que prescribe la ley, dijo otro; deja ahora mismo ese saco, pues nos pertenece.»

Leon pone su saco en el suelo; se sienta encima de él, agarrándose fuertemente á los dos extremos, y les dice: «No le tendrán ustedes más que con mi vida.» El valor y la resolucion brillaban en sus ojos, su actitud en los primeros momentos impulsó á los agentes, hasta que el primero dijo: «¡Bah! ¿será posible que un chicuelo nos dé miedo? espera, verás cómo le hago soltar su presa.» Empezó á darle latigazos en las manos, y Leon no se movió, rodobló los golpes, y siempre la misma constancia. «Repito les dijo, que sólo la tendréis con mi vida.»

El tercer agente, que habia permanecido callado, dijo á los otros:

«La resistencia de este niño me agrada; creedme, compañeros, no le atormentemos más, dejémosle continuar su camino; además, que sólo defiende lo que le pertenece.»

Leon, cuya fisonomía en aquel momento expresaba la gratitud, le contestó: «Amigo mio, nunca olvidaré el favor que le debo; Dios quiera que algun dia pueda serle útil, á fin de pagar á V. el bien que me hace. Adios.»

Llega por fin á su casa, ya entrada la noche, hallando á su madre sumida en una profunda afliccion, pues su hijo, que nunca salia sin su permiso, habia pasado un dia entero léjos de ella. Juzgad, hijos mios, cual sería la inquietud de aquella madre cariñosa. «No llore V. más, madre mia, dijo al entrar, héme aquí», y al mismo tiempo puso delante de ella el saco lleno de harina, cayendo al suelo rendido por el cansancio.

«Hijo mio, decia la señora de B..... cogiéndole en sus brazos y cubriéndole de lágrimas, vuelve en tí, por Dios.» En seguida empezó á cuidarle

y le hizo tomar unas gotas de un elixir que le dió fuerzas, haciéndole salir de su desmayo. «Ya estoy bien, dijo.—Y yo, dijo su madre, ya no sufro desde que te he visto, Dios mio, continuó, cuántas gracias os doy por haberme devuelto á mi hijo.»

Leon nada dijo á su madre de todos los peligros que habia corrido; esto la hubiera afligido demasiado: sólo despues de mucho tiempo fué cuando le contó todo lo ocurrido.

Leon fué constantemente el apoyo de su madre. Los tiempos mejoraron, y si bien este buen hijo tuvo que soportar algunas penas, recibió una recompensa bien dulce para su corazon, mereciendo la ternura de su madre y el aprecio de las gentes honradas.

Dios recompensó tambien su amor filial, pues á pesar de ser aún muy jóven, le confiaron un empleo muy honroso, siendo más tarde un ciudadano distinguido por sus virtudes, su talento y la posicion que ocupó en el mundo.

X.



LA AVARICIA.



Uno de los vicios más abominables es el de la avaricia. El avaro es un sér que no conoce ningun afecto dulce y simpático, que á nadie quiere y nadie puede quererle.

Los extraños ven en él un tipo enteramente ridículo y odioso, y sus deudos le miran con horror. El avaro sufre sin duda una perturbacion de su inteligencia, porque á no ser así no podria ménos de conocer cuán estéril es el vicio que le domina, y no podria sufrir la amarga vida

que tan aborrecible vicio le prepara.

Cuando los lectores de esta revista lleguen á la edad en que es conveniente la lectura de las grandes obras del ingenio humano, leerán la magnífica comedia de Moliere, *El Avaro*, y no podrán ménos de espantarse de los horribles estragos que hace ese odioso vicio.

El avaro, en fin, odia á todo el mundo y todo el mundo le odia.

¿No os parece triste, insufrible, la vida del avaro?

EL SONIDO.

Si teniendo en mis manos una varita flexible la balanceo suavemente en el aire, no produce ningun ruido; si la agito con rapidez, al momento oigo un sonido, que se hará más fuerte y más agudo á medida que yo

aumente la rapidez del movimiento. El sonido que oigo es producido por un movimiento suavemente rápido que hago sufrir al aire. Si pudiese mover de ese modo la varita en un sitio completamente privado de aire,

cualquiera que fuese la velocidad del movimiento no habria ningun sonido, pues tampoco habria aire agitado.

Cuando se pasa el arco por las cuerdas de un violin, se imprime á esas cuerdas un movimiento parecido, pero mucho más rápido. A este movimiento se le da el nombre de vibraciones de la cuerda. Si el badajo choca con la campanilla, ésta vibra como la cuerda del violin. Si cogemos un cuchillo y damos con el filo en el borde de un vaso, oirémos un sonido que continúa algunos instantes. Toquemos el vaso y le sentiremos vibrar, pero al momento cesan las vibraciones y el sonido cede. El aire que rodea al cuerpo vibrante recibe ese mismo movimiento, y se va comunicando sucesivamente hasta llegar á nuestros oidos. Podeis formaros una idea de la manera de comunicarse el movimiento de vibracion dejando caer una piedra en medio de un pozo; en el sitio que cae la piedra se forma un pequeño círculo sobre la superficie del agua, ese pequeño círculo crece, y os presenta sucesivamente círculos cada vez mayores, hasta que el último ha llegado á la pared circular del pozo. Entre el momento de la caída de la piedra y el en que el último círculo llega á la pared, transcurre cierto tiempo. Lo mismo sucede con el sonido; pasa cierto tiempo entre el momento en que el cuerpo sonoro entra en vibracion y el en que esas vibraciones llegan á nuestro oido.

Cuanto más distantes nos hallamos, más tardamos en oir el sonido, de modo que un mismo sonido puede sucesivamente ser oido por diversas personas colocadas á cierta distancia unas de otras. El que esté al lado del cañon que se dispara, oye el ruido al mismo tiempo que ve el fogonazo; el que esté léjos del cañon ve el resplandor ántes de oir el ruido. Un obrero colocado en un campanario da un martillazo, las personas que están abajo ven caer el martillo, y únicamente oyen el ruido cuando el martillo se alza.

Los sabios han calculado el tiempo que el sonido emplea en recorrer un espacio determinado. Recorre 340 metros en un segundo. Este resultado ha sido hallado por medio de unos disparos de cañon hechos á media noche en las alturas de Villejuit y Monthery. Varios sabios se habian colocado en cada una de estas alturas, provistos de buenos instrumentos para ver el resplandor de los cañones, y para contar los segundos trascurridos desde el momento en que veian la luz hasta el en que oian el cañonazo.

Acordaos, pues, amigos míos, de que el sonido no es otra cosa que la descomposicion del aire, el movimiento más ó menos rápido del aire, que se comunica á nuestro oido. Acordaos tambien que es preciso cierto tiempo para que el sonido llegue hasta nosotros, y que recorre 340 metros por segundo.

TH. LEBRUN.



ORACIONES (1).

EL PADRE NUESTRO.

Padre amoroso,
Bendito y nuestro
Señor, que te hallas
Allá en los Cielos;
Tu santo nombre
Santifiquemos;
Venga á nosotros
Ese tu reino;
Cúmplase siempre
Tú pensamiento,
Así en la tierra
Como en el Cielo.

Pan cotidiano
Por hoy concédenos,
Y nuestras deudas
Perdona luégo,
Como nosotros
Al deudor nuestro.
De tentaciones,
Señor, defiéndenos,
Y así librados
De mal serémos.

Amén.

EL AVE-MARÍA.

Dios te salve, Santísima María,
El Señor es contigo, y siempre eres

(1) Estas oraciones forman parte de un libro inédito, escrito expresamente por el autor para las Antillas españolas, con el título de *El Niño cristiano*.

Benedicida entre todas las mujeres,
Cual de tu vientre el fruto salvador.

Santa Virgen María, de Dios Madre,
Ruega Tú por nosotros pecadores,
Ahora, y cuando en lecho de dolores
Entreguemos el alma al Criador.

Amén.

LA SALVE.

Dios te salve, Reina y Madre,
Vida y esperanza nuestra;
Dios te salve, á Tí llamamos
Los pobres hijos de Eva;
Á Tí suspiramos todos,
Entre gemidos de pena,
En este valle de lágrimas,
En esta infelice tierra;
Con que, ea, dulce Señora,
Ardiente abogada nuestra,
Vuelve á nosotros tus ojos
Llenos de santa clemencia,
Y despues de este destierro
Á tu buen Jesus nos muestra.
¡ Oh, clementísima Virgen!
Á Dios por nosotros ruega,
Para que dignos seamos
De conseguir las promesas
De Cristo, Nuestro Señor,
Y con Él la Gloria eterna.

Amén.

EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.



ESCENAS INFANTILES.



— Bueno está el pan tostado, y con su manteca por encima.

— Ya lo creo que está bueno.

— Yo me lo voy á comer todo, porque me gusta muchísimo.

— A mí tambien me gusta , pero quiero guardar para algun niño pobre, que siempre encontramos niños que nos piden.

— ¡ Ay! es verdad , yo tambien voy á guardar para otro niño pobre. Y luégo dirémos á mamá lo que hemos hecho y se alegrará.

— No, no la dirémos nada, porque papá dice que las obras de caridad no valen nada cuando se hace alarde de haberlas hecho.

— Entónces nos callarémos.





EL MONO.

FÁBULA DE FENELON.

Pues señor, cuentan que un mono,
Al morir, bajó al infierno,
Y pidió volver al mundo
A Pluton con gran empeño;
Accedió el rey, pero quiso
Que viniera en el pellejo
De un burro, para quitarle
La viveza de su cuerpo
Y la malicia, que es propio

De ese animal el ingenio.
Hizo el mono mil carocas,
Y estuvo tan lisonjero
Con el rey de los demonios,
Que complació su deseo.
Dijo el mono: « Convertirme
En un papagayo quiero
Para asemejarme al hombre,
Que he imitado tanto tiempo.

Cuando en el mundo era mono,
Hice como el hombre gestos;
Convertido en papagayo,
Hablaré hasta en el Congreso.»

Al mundo vino en la forma
Del pajarraco parlero,
Y una vieja, ya caduca,
Le compró para recreo;
Le daba sopas en vino
Para tenerle contento,
Y charlaban todo el día
Sin tón ni són, sin concierto;
Repetía, como el mono,
Ridículos contoneos,
Y marcaba con las alas
Mil graciosos movimientos;
Le celebraba la vieja,
Y el infeliz perdió el seso,
Llegando á ser importano,
Charlatan y pendenciero;
Y dió en beber tanto vino,
Que se murió al poco tiempo.

Pluton, al ver que volvía
Otra vez á los infiernos,
Para que no hablára, quiso
En pez convertirle; pero
Él, ante el rey de las sombras,
Hizo su farsa de nuevo,
Y los grandes nada niegan

Al astuto lisonjero;
Le mandó entónces al mundo,
Dándole de hombre alma y cuerpo;
Mas, sin duda por vergüenza,
Le negó que fuera bueno,
Y transmigró con la forma
De un charlatan sempiterno,
Insufrible, entremetido,
Jactancioso y embustero,
Que de todos se burlaba,
Siempre bobadas diciendo.

Mercurio, en su nuevo estado,
Le reconoció al momento,
Y así, con sorna, le dijo:
«Tú no eres más que un compuesto
Del papagayo y del mono
Que conocí en otros tiempos,
Nada serás si te quitan
Tus palabras y tus gestos;
De un mono y un papagayo
No se forma más que un necio.»

*Muchos seres en el mundo,
Que simples monos nacieron,
Charlan como papagayos
Y discurren como necios.*

TEODORO GUERRERO.

EL TAPON DE LA BOTELLA.

(CUENTO, POR A. B. Y R.)

(Conclusion.)

Pero el niño que había interrogado ya á Arturo, ménos discreto que su hermana, exclamó:—¡No se diría sino que Laura ha cometido un crimen y su hermano se avergüenza de él! Vamos, Arturo, sácanos de dudas; no es posible que Laura haya

cometido una falta tan grande, que mi tío la haya privado de venir á pasar tres días con nosotros.

—Pues así es, respondió Arturo bajando la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! dijo Carolina, ¿qué ha hecho, pues?

—Ha roto el tapon de una botella y sostenido que no era ella, ó á lo ménos, que no lo habia notado.

—¿Pero mi tio está bien seguro de que ha sido ella?

—Así parece, continuó Arturo.

—¿Y tú lo crees?

Esta última pregunta desconcertó completamente á Arturo.

—Hermano mio, hermano mio, dijo Carolina al niño, tú no piensas en nada: ¿es así como debes hablar á tu primo? Y tomando á su hermano por el brazo:—Escucha, le dijo éste corriendo por la calle de árboles, he hablado con Victorina, ¿y no sabes lo que ella cree? le parece que es Arturo quien ha roto la botella.

—¿De véras? ¿Y cómo es esto?

—Porque dice que Arturo tenía ayer el verdadero semblante del culpable. Estaba pálido, distraido, y no contestaba con concierto á nada. En fin, ella lo cree y yo tambien.

—¿Pero es afrentoso acusar solamente por algunos indicios!

—No es culpa mia, mi querida Carolina, si se me ha puesto esta idea en la cabeza.

—Pero al ménos la guardarás para tí sólo.

—Sí, mientras que no sirva para dar á conocer la inocencia de Laura.

—Pero un niño no debe mezclarse en estas cosas.

—¿Y por qué? Cuando se trata de hacer justicia á un inocente, grandes y pequeños no solamente pueden, sino que deben mezclarse en ello.

—¡Excelente corazon! dijo Carolina.

Anunció en esto la campana la hora de comer, y se interrumpió la conversacion. Todos los niños corrieron al comedor, donde les esperaban ya sus padres.

CAPÍTULO III.

Mientras esto pasaba en la quinta, ¿qué se hacía la buena Laura despues de la partida de sus padres? Apenas salió el carruaje que les conducia, apoyada sobre la ventana, le siguió tristemente con la vista hasta tanto que desapareció; durante todo este tiempo conservó alguna esperanza; pero cuando ya no le vió ni le oyó, cuando sus ojos se fijaron en el camino solitario y silencioso, sintió que las fuerzas la abandonaban, y se puso á llorar amargamente. Su abatimiento, sin embargo, no duró más que un instante; pues al poco rato llamó su atencion el ruido de otro carruaje que parecia avanzar con rapidez; era un cabriolé verde, tirado por un caballo blanco.

—¿Es el cabriolé del Sr. Ramos! se dijo Laura. ¿Va á parar?... ¿Va á detenerse en casa?... ¡Se detiene!

Ligera como un pájaro, Laura corrió al patio y llegó al mismo tiempo en que el Sr. Ramos bajaba de su carruaje.—Toma, querida mia, dijo á Laura abrazándola tiernamente, hé aquí una carta de tu padre, léela mientras que voy á echar esta otra al correo.

Laura, muy conmovida, cogió la

carta de su padre y leyó lo siguiente :

« Mi querida hija :

» Al acusarte ayer de una falta que no habias cometido y de un disimulo de que no te creia capaz, mi único objeto era probar á tu hermano, asegurarme de si tendria la bajeza de dejarte castigar en su lugar, porque él es quien ha roto la botella y la soperá; *yo lo he visto*. Mi primera intencion fué desenmascarar á Arturo delante de la señora de Ramos, pero tu mamá, por un resto de indulgencia, me rogó dejase á Arturo tiempo para reflexionar la fealdad de su accion. Consentí en ello, y no he dicho nada; pero ha llegado el momento de tratar á tu hermano como se merece. Respecto á tí, hija querida, tu resignacion en presencia de un castigo tan severo como poco merecido, han aumentado, si es posible, el cariño que te profesamos tu madre y yo. En fin, la dicha de poseer una hija tan llena de buenas cualidades, nos consuela del pesar que nos causa hoy tu hermano, y que nos causará, quizá, más tarde.

» El Sr. Ramos te conducirá á nuestro lado en su cabriolé, y nosotros trataremos de borrar hasta la más ligera huella de los pesares que acabas de experimentar; dentro de algunas horas, mi querida hija, te estrecharémos sobre nuestro corazón; seca, pues, tus lágrimas, y piensa en el placer y en la felicidad que te esperan. »

Al leer las primeras líneas de la carta, el rostro de Laura tomó una expresion de alegría imposible de

describir; pero poco á poco se oscureció, y se pudo entónces leer en su semblante la lucha de dos sentimientos opuestos: la alegría de encontrar á sus padres y ver su inocencia plenamente reconocida, y el sentimiento por la triste suerte de su hermano.

Cuando el Sr. Ramos llegó, la encontró todavía en el mismo sitio, con los ojos clavados en tierra, y abrumada por sérias reflexiones.

—Y bien, Laurita, la dijo, esperaba encontrarte muy alegre.

—Sí, señor, respondió Laura, sin duda alguna soy feliz; pero tambien soy desgraciada. ¡Temo por el desdichado Arturo! ¡Qué terrible golpe le prepara, sin duda alguna, mi padre!

—¿Cómo, mi buena Laura, eres tú quien teme por tu hermano? ¿Tú que has sido acusada y castigada en su lugar? En verdad que no lo merece. Pero en este momento no se trata de Arturo; hé aquí á la doncella que lleva tu paquete; ponte el sombrero y no perdamos tiempo, porque nos aguardan para comer.

Cinco minutos despues el cabriolé rodaba por el camino, siguiendo al otro, que le llevaba muy corta delantera.

Al fin del capítulo anterior, decíamos, que la campana habia anunciado la hora de comer. Su sonido no se dejó oír hasta que el coche del señor Ramos hubo entrado en un segundo patio, situado á espaldas de la casa, evitando de este modo que fuera visto por los niños.

El comedor, donde todos estaban reunidos tenía dos puertas; la una, de dos hojas, comunicaba con el primer patio, y la otra, sencilla, con el segundo.

¡Considerad la sorpresa de la mayor parte de los concurrentes cuando esta última puerta se abrió de pronto y apareció en ella el Sr. Ramos que llevaba á Laura cogida de la mano! El Sr. Melendez, despues de haber abrazado tiernamente á su hija, indicó con un movimiento que queria hablar, y todo quedó en el más profundo silencio.

—Yo os ruego á todos, dijo, me perdoneis si os obligo á presenciar una escena tan desagradable como la que se prepara en este momento. Ese niño que veis allí, solo y gimiendo bajo el peso de su vergüenza, cometió ayer una ligera falta, digna de perdon; pero esa falta la ha agravado de una manera infame. No solamente, olvidando los mandamientos más terminantes de nuestra santa religion, que castiga la mentira, ha empleado para ocultarla la astucia; no solamente la ha negado, sino que cuando acusé á su hermana, estaba callado; cuando ésta protestó de su inocencia, estaba callado; cuando la castigué severamente, permaneció callado todavía. Le he dejado toda una noche para reconcentrarse y reflexionar en la bajeza de su accion, y en vez de arrepentirse, ha ahogado sus remordimientos.

Arturo, si mi hermano consiente, si no teme que el contacto de un niño como tú perjudique á sus hijos,

te quedarás los tres dias que vamos á pasar aquí; tu primer castigo será el sentimiento de repulsion de que serás objeto; cuando hayamos regresado á casa, decidiré de tu suerte. Pero, como no puedes sentarte á la mesa con nosotros sin entristecernos profundamente, abandona esta sala; se te servirá aparte.

Un criado se llevó á Arturo, y cuando la puerta se hubo cerrado, el Sr. Melendez dirigiéndose á su hija, la dijo:

—Hija mia, querida hija, ¿qué puedo hacer yo para que olvides los pesares que te ha causado mi injusta acusacion? Debo indemnizarte; habla, hija mia, y seré muy dichoso al concederte lo que me pidas.

Laura, herida como por un pensamiento repentino, se irguió vivamente, y descubriendo su rostro inundado en lágrimas, exclamó: «*¡Perdon para mi hermano!*»

Estas nobles y generosas palabras produjeron en todos un efecto maravilloso, y fueron acogidas con un murmullo de admiracion. El padre pasó la mano por sus ojos, y cuando la retiró, algunas lágrimas brillaban todavía en ellos... «Hubiera debido esperar esto, dijo, y reservarme; pero lo he prometido y lo cumpliré. Perdono á Arturo... ¡Ojalá que él no se perdone á sí mismo tan fácilmente como yo! ¡Ojalá los demas sean tan indulgentes con él!»

Al dia siguiente, y en los sucesivos, Laura trató de arrancar á su hermano sus tristes y dolorosos pensamientos: él, sin embargo, buscaba obsti-

nadamente la soledad, y no se mezclaba en ningun juego. El Sr. Melendez no le hizo observacion alguna, segun habia prometido á su hija; pero Arturo no por esto sufría ménos, porque aquella indulgencia, que bajo ningun concepto merecia, se la

debía únicamente á su hermana. Así, durante mucho tiempo, no se atrevió á levantar los ojos en su presencia, y evitaba sus miradas afectuosas, como si en ellas leyera continuamente su vergüenza y su bajeza.

LOS CABELLOS Y LA BARBA,

LOS GORROS Y LAS CORBATAS.

Las exigencias de la moda nos han hecho adoptar prendas que, sin proporcionarnos ventajas de ningun género, perjudican á nuestra salud y desarrollo ¿De qué sirve, cuando se disfruta de buena salud, el cargarse la cabeza con esos gorros ó casquetes que sujetan, sofocan, y por este calor perjudicial hacen al individuo más sensible al frío? ¿La naturaleza, no ha dotado á la cabeza de una cabellera suficiente para preservarla? Afeitadla si preferís cubrirla con otro adorno, pero perderéis mucho; porque todas las telas son muy feas cuando se las compara con esos hermosos rizos de cabellos que adornan la cara risueña y fresca de un niño.

¿Por qué no se viste á los caballos, á los gatos y á los perros? La naturaleza lo ha previsto todo, y el pelo que cubre sus cuerpos es un vestido siempre nuevo que los adorna y preserva del frío. El hombre es el único animal que viene al mundo desnudo; pero la industria le provee,

y para cubrirse ha puesto á contribucion las plantas, y ha despojado de sus pieles á los animales. Debería, por lo ménos, aprovechar las ventajas que debe á la naturaleza, y contentarse con el tocado que le ha dado, pero nunca estamos contentos con lo que tenemos, y queremos siempre mejorar, corregir y arreglarlo todo á nuestro gusto; cortamos las crines de nuestros caballos, deformamos las orejas de nuestros perros y cortamos la cola á nuestros gatos. No nos hemos cuidado de averiguar si las gatas monteses cuidan de morder y destrozar la cola á sus hijuelos.

En China las mujeres encierran sus piés en cajas estrechas para impedirlos crecer, y con dificultad se pueden tener de pié. En la India se moldea la cabeza del niño que acaba de nacer y se le aplasta la nariz. Aquí las jóvenes, que tienen necesidad de estar cómodas en sus primeros años, se comprimen el vientre y

el estómago con corsés de ballenas, y por temor de ser jorobadas se deforman el talle y destruyen su salud. Nacemos con la cabeza cubierta de cabellos: hay pueblos que se la afeitan y no hacen gracia más que á un mechón de pelo, que ocultan cuidadosamente bajo un tupido turbante. Ha habido otros que se lo afeitaban también y que cincuenta años despues la cubrían con una enorme peluca de largos cabellos rizados: los rubios elegían cabellos negros y los morenos rubios para desfigurarse mejor. Los franceses inventaron esta moda y la conservaron largo tiempo.

Luégo se dieron grasa y harina en la cabeza, poniéndola blanca como un zarzal escarchado; despues encerraron sus cabellos en un saco negro, que llamaban bolsa. Hoy somos más sensatos: llevamos nuestros cabellos próximamente como Dios nos los ha dado, y al ménos no los ocultamos.

Si apretamos y envolvemos nuestra garganta con la corbata, la prenda más incómoda de nuestro traje, áun cuando no se concibe la razón de esto, nos vemos obligados á usarla. La naturaleza ha preservado nuestro cuello de las injurias del viento, dándonos una barba protectora. Este notable adorno del hombre disgustó á la mitad del mundo, la otra mitad le rinde homenaje. Un sena-

dor romano llamado Marino Papiarius dió la señal de su muerte y de la de todos sus colegas, juzgando al bárbaro que habia osado tocarle la barba. Tirar del bigote á un musulman es inferirle la más grave ofensa, y un gran pueblo del Norte que habia sufrido todo género de reformas tranquilamente, no fué tan dócil cuando se trató de quitarle la barba, y estuvo á punto de sublevarse contra su Señor porque le mandó afeitar. En España la barba ha tenido alternativas, usándola y quitándola diferentes veces, pero la corbata se ha llevado siempre. Ajustémonos, pues, el cuello, puesto que la moda quiere todavía privarnos de su ropaje natural, pero ya que conservamos nuestra cabellera, no seamos inconsecuentes y no añadamos una cubierta supérflua.

Vosotros sobre todos, niños, cuya juventud activa no teme al viento ni á la escarcha, evitad esas precauciones que sólo convienen á una muchacha. Acostumbraos con tiempo á soportar el frío del invierno y el calor de la canícula. Vuestra cabeza está suficientemente cubierta y vuestro cuello puede pasarse sin corbata, puesto que la naturaleza indica cuándo se puede prescindir de ella ó cuándo es necesaria.

TH. LEBRUN.



LA PRIMERA EDAD.



El tomo de 1873 con muchos grabados y doce figurines iluminados que en todo tiempo pueden servir de modelos de trajes de niños y niñas, se vende á **12 rs.** en Madrid y **14** en provincias, para los suscritores de Los Niños, y á **20** y **22 rs.** respectivamente para los no suscritores.

TEATRO INFANTIL.

Tres bonitas comedias para que las representen los niños. Un tomo: **una peseta.**

MUGERES DEL EVANGELIO,

CANTOS RELIGIOSOS, POR LARMIG.

Nueva edicion aumentada con un nuevo canto: *La hija del Jairo*. Un tomo: **una peseta.**

LA RELIGION EN CUADROS,

CON MUCHAS LÁMINAS.

Un tomo: **una peseta** en Madrid y **6 rs.** en provincias.

ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS: ATOCHA, 59, BAJO.